

## *DON QUIJOTE Y LA MÁQUINA ENCANTADORA*

*a Antonio Alatorre*

La República del Libro ha sufrido siempre constantes transformaciones. La imprenta misma introdujo una revolución que sólo varios siglos después de operada empieza a asimilarse. Quevedo, en el soneto «Desde la torre» advierte en la imprenta una máquina de la inmortalidad gracias a la cual es posible vivir “en conversación con los difuntos”; la imprenta salva a las grandes almas de la venganza de la muerte y de la “injuria de los años”<sup>1</sup>.

Retirado en la paz de estos desiertos,  
con pocos, pero doctos, libros juntos,  
vivo en conversación con los difuntos  
y escucho con mis ojos a los muertos.

Si no siempre entendidos, siempre abiertos,  
o enmiendan o fecundan mis asuntos,  
y en músicos callados contrapuntos  
al sueño de la vida hablan despiertos.

Las grandes almas que la muerte ausenta,  
de injuria de los años, vengadora,  
libra, oh, gran Iosef, docta la imprenta.

En fuga irrevocable huye la hora,  
pero aquélla en mejor cálculo cuenta  
que en la lección y estudios nos mejora.

Pero este heterodoxo cielo de la cultura que ofrece salvación esté-

<sup>1</sup> STEVEN M. BELL, “Quevedo y la imprenta”, *Boletín Editorial* de El Colegio de México, 1990, núm. 34.

tica e intelectual no es plenamente puro. Algunos años antes, al visitar Don Quijote la ciudad de Barcelona, en la Segunda parte de su novela, topa con una imprenta y pregunta a su dueño: “Percdígame, vuestra merced, ¿imprímese por su cuenta o tiene ya vendido el privilegio de algún librero?”

El editor responde tajante: “Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo; que ya en él soy conocido; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama”<sup>2</sup>. Aunque sustancial al oficio, esa voluntad de lucro no deja de empañar el resplandor que irradia “la máquina de la inmortalidad”. De ahí que el mismo Cervantes, por boca del lúcido Vidriera, suelte estas claridosas cautelas:

Este oficio me contentaría mucho, si no fuese por una falta que tiene. Preguntóle el librero que se la dijese. Respondióle: Los melindres que hacen cuando compran el privilegio de un libro y la burla que hace a su autor si acaso la imprime a su costo, pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos<sup>3</sup>.

Por desgracia, los ejemplares que se editan no siempre son fruto de acciones ejemplares, pues suelen ser materia de la estafa que el imprentero comete contra el autor. No son más ejemplares aquellos otros producidos en forma gratuita o negociada porque el editor que desprecia la fama y sólo puede ver en “la máquina de la inmortalidad” un aparato para generar lucro tiende en realidad a burlarse del escritor y a reírse de sus sueños. El editor se ríe del escritor porque sabe que ese sueño es más promiscuo y democrático de lo que el autor (que para el editor sólo es un personaje más) puede imaginar. El editor no sólo imprime varios libros a mismo tiempo; un mismo libro puede ser impreso por varios editores en una misma ciudad en un mismo año. Tal es el caso de esa *Segunda parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*: ¿a cuál de los tres libreros —Miguel Gracián, Rafael Vives o Juar Simón<sup>4</sup>— que imprimieron efectivamente en Barcelona la primera edición de la Segunda parte estaría visitando Don Quijote er

<sup>2</sup> MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, II, 62 (ed. de M. Riquer, Juventud, Barcelona, 1968, p. 999).

<sup>3</sup> MIGUEL DE CERVANTES, “El licenciado Vidriera”, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1973, t. 2, p. 135.

<sup>4</sup> JAIME MOLL, “Problemas bibliográficos del Siglo de Oro”, *BRAE*, 59 (1979), p. 105.

su paseo por la capital catalana? Ni Cervantes es el único autor ni Don Quijote el único personaje. En la imprenta que describe Cervantes en Barcelona encontramos una traducción barata de una obrilla popular titulada *Juguetes*, originalmente *Bagatelles*, una obra piadosa, *Luz del alma*, y la Segunda parte del *Quijote* que puede ser la del propio Cervantes, pero también ¿por qué no? la urdida por el falso Avellaneda, lo cual explicaría la airada reacción de Don Quijote contra esos papeles, como se verá después. Don Quijote se pasea por la imprenta con cierta parsimonia. Cervantes mismo sabe que algo hay en algunos editores e impresores que los llevan a entretenerse a costa del vecino y a bailar al ignorante. ¿No lo sugiere así el hecho de que aquella “cabeza encantada” —falso oráculo, burdo busto de madera puesto sobre una mesa y conectado a un tubo donde “a modo de cerbatana iba la voz de arriba abajo y de abajo arriba en palabras articuladas y claras”<sup>5</sup> que tiene en su hogar el anfitrión barcelonense de Don Quijote, ese mismo Antonio Moreno que lo llevará de visita a la imprenta—, haya sido hecha “a imitación de otra cabeza que vio en Madrid fabricada por un estampero”, es decir por un impresor? ¿No parece sugerir Cervantes que los editores, no contentos con la comedia de vender inmortalidad que juegan en sus horas hábiles, son dados a buscar esparcimiento en simulacros y falsas profecías como ese jocoso aparato de la “cabeza encantada”? Recordemos que los impresores, además de a libros y papeles, estaban ligados profesionalmente al juego, pues imprimían barajas y eran también conocidos como “naiperos”<sup>6</sup>. En todo caso, solían ser hombres poco ilustrados, por más que quisiesen hacerse caballeros de la cultura y montarse sobre los libros publicados. Al menos, así lo entiende Quevedo en su *Perinola* donde despacha sin demasiados miramientos las pretensiones espirituales del editor: “el librero es meramente mecánico porque no es forzoso que el librero sepa nada de los libros que vende, ni de las ciencias necesita, sino de coser bien y engrudar y estirar las pieles y cabecear y regatear”<sup>7</sup>. Había, claro, excepciones, los verdaderos editores, como aquel Juan Berrillo que, al calor del éxito comercial del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, resucita al *Lazarillo*, lo lanza de nuevo al mercado y contribuye así a “la fija-

<sup>5</sup> M. DE CERVANTES, *Don Quijote*, p. 996.

<sup>6</sup> AGUSTÍN MILLARES CARLO, “Dos datos nuevos para la historia de la imprenta en México en el siglo XVI”, *NRFH*, 7 (1953), p. 705.

<sup>7</sup> FRANCISCO DE QUEVEDO, *Perinola*, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1969, t. 1, p. 451.

ción del concepto de novela picaresca”<sup>8</sup>. Sea como sea, queda una duda, ¿cómo había llegado a esta imprenta visitada por Don Quijote el privilegio que le permite a su dueño beneficiarse legalmente con la historia del mismo personaje, si, como dice el propio Cervantes, “aún no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que (Don Quijote) había muerto”<sup>9</sup>?, ¿cómo es posible que ya “anduviesen en estampa sus altas caballerías” si todavía faltaban varios capítulos para que Don Quijote hiciese su testamento? ¿No sugiere esto que Miguel de Cervantes recibió algún anticipo por parte de su editor mucho antes de concluir la Segunda parte?

Cualquiera que sea la respuesta, parece oportuno detenerse unos momentos en la palabra privilegio. Jaime Moll, un estudioso de los “Problemas bibliográficos del Siglo de Oro” nos explica el significado de esta palabra en la producción del libro:

El autor o editor, en una época en que aún no se había desarrollado el derecho de la propiedad intelectual ni mucho menos los acuerdos internacionales de Derechos de Autor, quedaba expuesto a que la obra fuese editada inmediatamente por otro editor. Para impedirlo, existía el camino de solicitar del rey un privilegio para que, durante cierto número de años y en un ámbito geográfico determinado, nadie más pudiese, legalmente, editar esa obra<sup>10</sup>.

Para comprender esto, es preciso tener en cuenta la realidad política y administrativa de la España de los Austrias, ya que si “todo privilegio es una concesión real, al no existir un rey de España, no puede haber un privilegio para España”. “El comercio y circulación del libro están sometidos a la legislación y jurisdicciones de los distintos reinos”<sup>11</sup>.

Aunque incipiente, el oficio editorial no es despreciable: “en otras cosas peores —dice Cervantes— se podría ocupar el hombre”. Precisamente este trabajo de ocupación, tarea y trabajo incesante llamará la atención de Don Quijote en su viaje al fondo de la letra impresa: “y vio tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquélla y, finalmente, aquella

<sup>8</sup> JAIME MOLL, art. cit., p. 100.

<sup>9</sup> M. DE CERVANTES, *Don Quijote*, p. 557.

<sup>10</sup> J. MOLL, art. cit., citado a su vez por ANTONIO ALATORRE en “El contrato entre autor y editor: un texto de Juan Velázquez Mármol”, en *La Gaceta del F.C.E.*, 1984, núm. 165, p. 31.

<sup>11</sup> JAIME MOLL, art. cit., pp. 55 y 51 respectivamente.

máquina que en las imprentas grandes se muestra”<sup>12</sup>. Trabajo, sí, pero trabajo a menudo fácil y sin mérito, como por ejemplo el de la traducción sosa y simplona de una lengua romance a otra que, con toda justicia, le parece a Don Quijote (quien, como sabemos, además de caballero andante, era crítico literario) ejercicio mecánico, trabajo indigno, más próximo de la faena industrial y la producción en serie que de la creación artística:

pero con todo, me parece que el traducir de una lengua a otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés: que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la hura y tez de la haz; y el traducir lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel<sup>13</sup>.

Trabajo también, pero trabajo de hechizo y magia le parecerían las versiones del árabe al romance, como ésa que le da vida perpetrada por el “sabio encantador” Cide Hamete Benengeli.

En resumidas cuentas, ese “sueño de la vida” que aduce Quedo no siempre se verá cortado por la despierta conversación de los libros, ya que en ellos también se da, como recuerda Cervantes, un contrapunto oscuro y discordante: el sueño de la cultura es más pesado, más soso y mecánico porque es industrial. Es el sueño que, desde la invención de la imprenta por Gutenberg, primero en Estrasburgo y luego en Maguncia, trae loco al mundo sembrándolo de señores intoxicados de tinta, de holgazanes y perezosos que lucran y divorcian “la teoría de la práctica de las armas”<sup>14</sup>, de historiadores que engañan y se engañan, de impresores torpes que ponen caballos donde había burros<sup>15</sup> desfigurando la realidad, de inquisidores andantes que han leído demasiadas obras piadosas y que sacan los ojos a sus deudos para devolverles la “luz del alma”, de príncipes y aprendices de príncipes que juegan a la masacre y al Lepanto inspirándose irresponsablemente en *Bagatelas* y *Juguetes*.

Así se explica que, entre los vapores de ese sueño de la cultura, los ojos de los editores confundan autores y personajes —como le sucede al impresor de Barcelona con el Quijote— ya que, para

<sup>12</sup> M. DE CERVANTES, *Don Quijote*, p. 997.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 998.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 598.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 566.

ellos, mientras se traduzca en oro, la distinción es superflua. Los autores, y más aún los personajes, no dejan de barruntar estas realidades que infectan el cielo de la cultura y que contaminan la mentada máquina de la inmortalidad con una sombra poco menos que infernal. Acaso por ello Don Quijote se apresura a salir sin siquiera despedirse, él habitualmente tan cortés y comedido, de aquel taller al que entró unos minutos antes movido por una ingenua, genuina curiosidad. Una vez conocido el mezuquino misterio que encierra la imprenta, se aparta de ahí con “muestras de algún despecho”<sup>16</sup>. ¿Y cómo no había de sentir herida su alma de papel después de encarar las pruebas de su misma novela, luego de asomarse a ese espejo de tinta y ver, por fin, reflejando en él, su rostro de personaje, la sospechosa figura de la que ya le habló su amigo el bachiller Carrasco, luego de tener entre sus manos su propio final? La bilis negra de la tinta lo hace atrabiliario, lo hiere la certeza de que su frágil cuerpo manuscrito muy pronto se transformará en miles de *cuerpos*, de libros. Ésa es acaso la dolorida verdad que le hace advertir al autor y traductor que se ha encontrado en la imprenta: “Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil libros, vea tan molido su cuerpo que se espante”<sup>17</sup>. La amenaza la dicta la experiencia. Don Quijote tiene el cuerpo molido de tantas ediciones, aunque todavía está viviendo su Segunda parte. Él mismo nos hace saber que “treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remediará”<sup>18</sup>. Por supuesto no lo remediará, y no sólo está molido sino desperdigado “si no dígalos Portugal, Barcelona y Valencia donde se han impreso y aun hay fama que están imprimiendo en Amberes”. Aunque pudiese ser halagadora por aquello de “verse viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes”, la cosa tiene mucho de inquietante, porque si la honra “anda barriendo las calles”<sup>19</sup>, esa lesión del buen nombre a “ninguna muerte se le igualara”<sup>20</sup>. La máquina de la inmortalidad no deja de producir sentimientos encontrados, sus sentencias son eternas, irrevocables y, para bien o para mal, no dejan mucho lugar a la esperanza pues lo impreso, impreso está.

Desde otro ángulo, Quevedo nos ayudará a profundizar en

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 1000.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 999.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 559.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 591-592.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 559.

las razones de la desazón que invade a Don Quijote en la imprenta. ¿Qué le daría más escalofríos al hidalgo de La Mancha: verse encarando a su alma de papel y descubrir que sólo es un personaje o advertir que esa férrea cuna que representa para él la imprenta es el vivero de una nueva y oscura orden de caballeros —la burocracia— ya no andantes sino sedentes, de guerreros apoltronados que gobernarían al mundo desde el escritorio, con tinta y papel, y serían los verdaderos señores, los amos de un orbe regido exclusivamente por oficios escritos y dictados y en el que la caballería misma sería novela, es decir papel?: “Empero luego se inventó la imprenta contra la artillería, plomo contra plomo, tinta contra pólvora, cañones contra cañones. La pólvora no hace efecto mojada: ¿quién duda que la moja la tinta por dónde pasan las órdenes que la aprestan y previenen? ¿Quién duda que falta el plomo para balas después que se gasta en moldes fundiendo letras y el metal en láminas?”<sup>21</sup>. Tal vez es ésa la razón que desazona a Don Quijote y que lo lleva a exclamar que ese libro al que pertenece y que le pertenece será algún día “quemado y hecho polvo por impertinente; pero su San Martín se le llegará como a cada puerco”. Con ese anhelo incendiario, da por sentado que Cide Hamete Benengeli no es más que otro de esos historiadores fraudulentos que se valen de mentiras y que merecen “ser quemados como los que hacen moneda falsa”<sup>22</sup>. Así es y así debe ser, y así este paso de Don Quijote por la imprenta cabe ser leído como una puerta secreta de la novela, una clave que nos permitiría acceder a una comprensión orgánica de las relaciones que sostiene Don Quijote con la Verdad, su otra Dulcinea.

Cervantes sabe que “para componer historias y libros de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento”<sup>23</sup>; tampoco ignora que el oficio del editor y del librero tienen algo de admirable y heroico pues no se le escapa que “es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente a todos los que lo leyeren”<sup>24</sup>. Con todo, el sentir desazonado de Don Quijote al salir de la imprenta parece más bien hacer eco a aquel parecer expresado por Cervantes precisamente en el “Prólogo” de la Segunda parte en el sentido de

<sup>21</sup> FRANCISCO DE QUEVEDO, *La fortuna con seso y la hora de todos*, en *Obras completas*, t. 1, p. 259.

<sup>22</sup> M. DE CERVANTES, *Don Quijote*, p. 562.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 563.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 564.

que hacer libros es cosa de locos, pero no más difícil que inflar con un tubo perros por la cola<sup>25</sup>.

ADOLFO CASTAÑÓN

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 537.